

ANALES DEL MUSEO DE AMÉRICA

XXII/2014



Separata

Mujeres coligalleras
de Abangares:
un oficio por
rescatar

Gabriela Villalobos Torres
Silvia Saborío Abrahams

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2015



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Documentación y Publicaciones

© De los textos y las fotografías: sus autores

NIPO: 030-15-040-2
ISSN: 2340-5724

Mujeres coligalleras de Abangares: un oficio por rescatar

“Coligalleras” women from Abangares: a craft for rescue

Gabriela Villalobos Torres¹ y Silvia Saborío Abrahams²

Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica

Resumen: La labor realizada en la extracción artesanal a pequeña escala de oro en las minas, llamada “coligallerismo”, ha sido un oficio que la historia ha masculinizado, al obviar citar que las mujeres también desempeñaron (y desempeñan aún) esta ocupación en igualdad de trabajo y condiciones que los hombres. A ellas se les ha invisibilizado ya sea por la minoría que representan en el interior de los túneles de las minas y/o por su condición de género, a pesar de la valiosa contribución que han realizado para el sostenimiento familiar y el desarrollo socioproductivo de un Cantón de Abangares, Guanacaste, Costa Rica.

Palabras claves: Abangares Costa Rica, mujeres coligalleras, minería, género.

Abstract: The work done in small-scale artisanal gold extraction in mines, also called “coligallerismo”, has been a trade that history has masculinized, obviating to mention that women also have done (and still do) this job in equal working conditions than men. They have been invisible either by being a minority inside the mine tunnels and / or their gender condition, despite their valuable contribution to family support and socio-productive development of a county of Abangares, Guanacaste, Costa Rica.

Keywords: Abangares Costa Rica, “coligalleras” women, mining, gender.

¹ Licenciada en Trabajo Social, UCR. Máster en Violencia Intrafamiliar y de Género, UCR. Encargada de la Cátedra de Trabajo Social, Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica.

² Licenciada en Trabajo Social, UCR. Tutora de la Cátedra de Trabajo Social, Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica.

1. Introducción

Guanacaste es una provincia que presenta una vasta diversidad cultural y riqueza histórica muchas veces desconocida para la mayoría de costarricenses, al estudiarla se comprenden las desigualdades del presente de las comunidades que la conforman y se colabora en la elaboración de la identidad nacional.

En este marco se planteó, a partir de la indagación inicial sobre el Cantón de Abangares, la minería de oro y las condiciones generales de las familias; la necesidad de conocer la realidad de las mujeres que trabajan en el sector productivo minero artesanal en Abangares.

Este estudio tuvo como referente el debate nacional sobre la reforma del Código de Minería, con la prohibición a la explotación de la minería de oro a cielo abierto en Crucitas (San Carlos, zona norte del país), donde se retomó el análisis de los aspectos de una actividad económica presente en Costa Rica desde mediados del siglo XIX, la cual determinó junto a la ganadería, el desarrollo social, económico y político de las provincias de Alajuela, Puntarenas y Guanacaste.

Las minas de oro fueron descubiertas inicialmente en los Montes del Aguacate (Atenas-Orotina) y posteriormente en Abangares y Tilarán, donde se ha extraído por medio de minería de túneles o socavón. También ha existido explotación de este mineral en la Península de Osa y Golfito, diferenciándose en que en esta área se utiliza el método de arrastre especialmente en los ríos. En la actualidad, se han declarado como “Zonas de reserva minera a Abangares, Osa y Golfito” según la Reforma del Código de Minería Ley 6797, artículo 8, debido entre otros, al desarrollo histórico de la explotación y a que estas comunidades subsisten en la actualidad de la extracción del metal.

Este producto ha sido la principal fuente de fundación, desarrollo y empleo en el Cantón de Abangares desde las primeras explotaciones en 1884, al inicio de costarricenses, pero posteriormente desarrolladas por empresas mineras de capital extranjero (inglesas y norteamericanas), quienes contrataron a pobladores e inmigrantes, así como por la explotación artesanal de cada persona o grupo familiar.

La captación del mineral de forma individual y la metodología de extracción artesanal se denomina popularmente como “coligallar”, el cual surge de las enseñanzas de los mineros hondureños que habían llegado a Abangares a trabajar con las compañías y que mostraron a los costarricenses métodos para obtener el oro con un proceso no industrial. Sin embargo, esta práctica fue considerada como una forma de delito por las compañías extranjeras, cuyos intereses penetraron en la legislación nacional penalizando no solo a quien hacía cateos y procesaba el oro, sino también a la tenencia de oro en cualquier forma y la venta de mercurio, a fin de mantener el monopolio. “El objetivo de estas leyes era el de mantener la producción en manos de las compañías, sobre la base de las concesiones otorgadas por el Estado, de manera que estas pudieran traficar libremente el metal o almacenar los excedentes, para luego enganchar accionistas en el extranjero y especular con la venta del metal” (Castillo, 2006: 47).

Desde entonces la explotación minera artesanal, a gran escala o a cielo abierto estaba prohibida en el país, sin embargo, con la reforma del Código de Minería mediante la Ley 8904, artículo 8, de 1 de diciembre del 2010, se establece que “se autoriza a la Dirección de Geología y Minas para que otorgue permisos de exploración y concesiones mineras para la minería en pequeña escala para subsistencia familiar, artesanal y coligallero”. Lo cual es concretado en el decreto ejecutivo n.º 37225-MINAET de 23 de julio del 2012, “Reglamento de la Actividad Minera Artesanal y en pequeña escala para subsistencia familiar por Cooperativas Mineras”.

El Decreto contempla brindar asistencia y favorecer a la población con incentivos para el desarrollo de tecnologías limpias, así como la promoción de alternativas sustentables como el turismo minero, la orfebrería y otras formas que favorezcan al desarrollo del Cantón. A la fecha los resultados no se visualizan plenamente, pero al menos se logró la legalización de la forma de vida de estas familias. En el momento del estudio, la minería artesanal o coligalleo forma parte de la subsistencia de más de 700 familias según la Dirección de Energía y Minas.

Esta investigación fue elaborada como un estudio exploratorio, de enfoque cualitativo, que permitió abordar la realidad actual de la mujer coligallera a partir del análisis sociohistórico obtenido mediante la revisión documental, entrevistas a personas clave en profundidad de mujeres coligalleras que se hayan dedicado a esta actividad laboral.

La historia sobre el Cantón de Abangares en su relación minera es ampliamente analizada desde diversas perspectivas y autores, sin embargo, es necesaria la visualización de las mujeres en esta tradición aurífera, desde sus aportes a la economía familiar, la organización social y la salud, bajo una perspectiva de género.

2. Problema de estudio y objetivos

El problema de investigación se centró en la visualización del oficio de la minería artesanal ejercido por las mujeres de Abangares, rescatando parte de la historia de sus vidas para que esta sea reconocida como parte de la construcción de un cantón.

El objetivo general de esta investigación se centra en analizar las condiciones sociofamiliares, económicas y de salud de las mujeres dedicadas a la minería en pequeña escala (coligallerismo) en el Cantón de Abangares, distrito Las Juntas, desde la perspectiva de género, y para ello se pretende:

- Describir las relaciones familiares y comunales que establecen las mujeres coligalleras y su incidencia en el desarrollo de Abangares.
- Conocer las motivaciones que tuvieron las mujeres para iniciar labores en la minería artesanal y el proceso que esto conlleva.
- Analizar la contribución económica de las mujeres en su familia a partir del trabajo en la minería.
- Determinar la influencia de la minería en las condiciones de salud de las mujeres coligalleras.

3. Metodología

El estudio realizado fue de tipo exploratorio, bajo el enfoque cualitativo estableciendo su análisis desde la teoría de género como marco epistemológico.

La elección del enfoque cualitativo se dio en razón de entender el significado que las mujeres le han dado a su oficio como mineras artesanales y el que le asignan a sus acciones. Por medio de ello se pretendió considerar el subjetivismo social y destacar la voz de las coligalleras para conocer desde sus perspectivas el ser de las mujeres mineras. Se procuró realizar una pormenorizada descripción de las mujeres en sus interacciones, comportamientos y situaciones sin distorsiones o subjetividades. Siguiendo esta línea de investigación, fue de utilidad el enfoque interpretativo al indagar cómo las mujeres construyen y reconstruyen su realidad social mediante la interacción con otras personas mineras y sus familias, con el fin de reflejar las dimensiones de sus realidades y captar lo más revelador de las mismas.

La perspectiva fenomenológica facilitó el acercamiento a la realidad de las mujeres mineras artesanales, entendiendo la fenomenología como el estudio de los hechos tal y como son experimentados y percibidos por las personas. Este método permitió entender la subjetividad, concepción y percepción que tienen las mujeres coligalleras sobre su propia realidad y experiencia de vida, es decir, cómo se ven a sí mismas y a su actividad laboral.

Como objeto de estudio se planteó el proceso de inicio de las mujeres en la actividad minera, las relaciones sociales y familiares, la condición económica actual y los problemas de salud asociados a la actividad.

Respondiendo al criterio espacial, se centra la atención en las mujeres que practican o practicaron la minería a pequeña escala en los distritos La Sierra y Las Juntas de Abangares, al ser reconocido este como el cantón minero de Costa Rica.

Para la selección de la muestra, se partió de tres documentos: el Censo sobre Ojeros y Rastras en Abangares realizado por la Dirección de Energía y Minas de MINAET³, donde se contabilizaron a once mujeres; el listado de personas adscritas a la Asociación de Desarrollo específica de la minería y orfebrería de artesanos de Abangares, donde se consignó a doce mujeres, y en el listado de Asociados a CoopeOro RL, donde se observaron ocho mujeres. En estos documentos algunas de las mujeres señaladas solo laboran en el proceso de rastra y no participan o participaron del proceso de extracción.

La proporción de hombres y mujeres en los documentos se recoge en la tabla 1.

Mineros	Personas	Mujeres	Hombres
Censo de Ojeros y Rastras, DEM-MINAET	56	11	45
ADEORMINA	115	12	103
CoopeOro RL	62	8	54

Fuente: Elaboración según los documentos citados.

¿Quiénes son estas mujeres?

Para respetar la confidencialidad de las mujeres entrevistadas, se les identificó con nombres de las diosas de la mitología griega y romana, a saber: Atenea, diosa de la inteligencia y la sabiduría; Afrodita, diosa del amor y la belleza; Artemisa, diosa del cuidado de los bosques; Hera, diosa del cielo, la luz y el matrimonio; Hebe, diosa de la juventud; y Ariadna, diosa de la fertilidad y la tejedura (tabla 2).

Nombre	Edad	Estado Civil	Escolaridad	Número de hijos e hijas	Lugar de nacimiento	Años trabajo minería
Atenea	48	Unión Libre	Prim. Incompl.	2 H - 1 M	Las Juntas	30
Afrodita	52	Unión Libre	Prim. Complet.	3 H - 1 M	Guacimal	30
Artemisa	49	Separada	Prim. Incompl.	3 H - 1 M	Las Juntas	30
Hera	51	Casada	Prim. Incompl.	3 H - 1 M	Las Juntas	32
Hebe	39	Casada	Sin Escolaridad	1 H - 2 M	Las Juntas	22
Ariadna	43	Casada	Prim. Incompl.	3 H - 1 M	Las Juntas	24

Fuente: Entrevistas a las mujeres coligalleras de la muestra. Mayo de 2011.

Describir a cada una de estas mujeres se hace imperante. Todas tienen como característica común el oficio al que se dedicaron, provenir de hogares de escasos recursos, ser madres trabajadoras y emprendedoras, teniendo cada una su esencia que las hace ser verdaderamente únicas.

Atenea: es una persona sencilla, alegre y bulliciosa, de energía desbordante, risa contagiosa y ante todo amante de la minería y todo lo que esto conlleva. Ha trabajado en todos los procesos que implica el coligallerismo, desde estar kilómetros adentro de un túnel hasta manejar en su casa una rastra. Sin embargo, su pasión es estar en la mina, compartir con otros oreros y hacer bromas.

³ MINAET: Ministerio de Ambiente y Energía de Costa Rica.

Afrodita: mujer pausada en sus pensamientos, cuyas conversaciones están llenas de sabiduría. Respetuosa de las entrañas de las montañas por los peligros que la minería conlleva. Se inició en el oficio por la necesidad de alimentar a sus hijos e hijas. Recuerda con nostalgia las alegrías y dificultades que enfrentaban en el día a día de la mina.

Artemisa: decidida, de empuje, a quien le ha costado tomar una de las decisiones más significativas de su vida al separarse del padre de sus hijos, pero de la cual no se arrepiente. Es de las más experimentadas en la minería y de las que ha desarrollado mayor conciencia de la conservación del ambiente. Su valentía y necesidad la han llevado a continuar trabajando como coligallera, llegando hace poco a abrir y explotar un túnel junto a su hermana.

Hera: tímida en sus expresiones, de gran coraje para enfrentar las situaciones adversas de su vida, afectuosa con sus familiares. Con orgullo expresa la pasión que siente por el oficio que le ha permitido alcanzar sueños y anhelos.

Hebe: mujer emprendedora, de verbo fácil, conversadora, cuya vida estuvo marcada de dolor y tristeza, situaciones que no le impidieron salir adelante y mantener la sonrisa en su rostro. Es alegre, comunicativa, vivaz, orgullosa de los logros alcanzados y su “casa de oro”.

Ariadna: alegre, bondadosa, se entrega a las demás personas con fervor religioso. Es una abuela cariñosa y amante de los nietos, a quienes corrige con la mayor de las paciencias. Extrovertida, simpática, con una sonrisa a flor de piel. Amante del bordado, la costura y todo aquello que sus habilidosas manos puedan crear.

4. La mujer en la minería de Abangares

La minería en general es un medio de explotación de los recursos minerales que ha permitido el desarrollo económico en muchos países alrededor del mundo, pero que a su vez ha dejado consecuencias negativas, entre ellas la destrucción del ambiente y aunque sea paradójico, el empobrecimiento en las condiciones de vida de las y los trabajadores de las minas, debido a las disparidades en la distribución de la riqueza propias del modelo de desarrollo económico imperante en el último siglo.

La minería se desarrolló en Costa Rica y en Abangares por medio de concesiones a empresas de capital extranjero, inicialmente inglesas y norteamericanas, las cuales determinaron el lugar y la forma de extracción y establecieron relaciones de sobreexplotación con los obreros a quienes contrataban.

Es importante mencionar que las empresas extranjeras, entre ellas la Abangares Gold Fields of Costa Rica cuyo empresario principal fue Minor C. Keith, tuvieron el beneplácito de las clases políticas dirigentes mediadas por enlaces familiares y poder político desde 1890⁴, pudiendo explotar no solo el oro y otros minerales, “sino también al mismo tiempo fueron terratenientes, madereros, ganaderos y comerciantes” (Castillo, 2009: 50).

La región minera del Distrito de Abangares fue concesionada por espacio de cincuenta años mediante el contrato Soto-Keith (1884) por las empresas representadas por Keith y unificadas en la Abangares Gold Fields of Costa Rica. En dicho contrato se plantearon múltiples beneficios para los extranjeros, entre ellos, estar exentos de todo impuesto nacional sobre sus propiedades, así como los productos de las minas, importación de maquinaria e implementos para el desarrollo de la actividad. Esta empresa creó un enclave minero, construyó caminos e

⁴ Un ejemplo de estas situaciones, Minor C. Keith se casó con Cristina Castro Fernández, hija del primer presidente de Costa Rica, José María Castro Madriz.

infraestructura para la extracción y procesamiento del oro de forma tal que se exportaba en forma de barras a Estados Unidos.

Contrató a más de 3600 personas, para quienes edificó casas y campamentos de acuerdo al rango, constituyéndose el distrito de La Sierra, el cual dio paso posteriormente a Las Juntas, permitiendo al distrito Abangares separarse del Cantón de Cañas y constituirse en cantón. Construyeron la cañería y trajeron la electricidad mediante una presa hidroeléctrica, “contaba con un complejo sistema administrativo, viviendas para empleados de alto rango, comisariato, aserradero, hospital, agencia de policía, telégrafo, talleres, laboratorio de materiales, fábrica de hielo, hotel de dos pisos (...) y el edificio de Los Mazos, donde se procesaba en andariveles el material de las minas de Tres Hermanos, Tres Amigos, Los Chanchos, Bochinche, La Luz, Boston, Gongolona, Babilonia y La Zopilota” (Castillo, 2009: 118).

Los mineros nacionales y extranjeros fueron estratificados según su país de origen y puesto, con rango superior los estadounidenses y europeos, después los jamaíquinos que actuaron como capataces, y costarricenses, hondureños, chinos, libaneses, italianos, determinados según su actividad o puesto en las minas y en la labor agrícola que generó el sustento de todo el enclave.

Estas empresas laboraron desde 1884 a 1930, sin embargo, al finalizar el periodo concesionado junto con la caída de los precios del oro, la Gran Depresión de los Estados Unidos, el deterioro de las vetas y la lucha obrera y sindical, las empresas abandonaron la explotación en Las Juntas de Abangares.

Los autores denominan un primer periodo de la minería en Abangares a las explotaciones acaecidas desde la colonia hasta mediados del siglo XIX, un segundo período sería desde fines del siglo XIX hasta 1930 y el tercero de 1980 al presente.

En la década de 1980 se reactivaron las concesiones por diversas empresas también de capital extranjero, pero de menor incidencia e inversión en la explotación, este tercer período se denomina también período moderno de explotación minera.

La última empresa fue de capital canadiense, El Valiente Ascari, trabajando en las minas Tres Hermanos, San Martín y el Recio, la cual abandonó Abangares en 1999, declarándose en quiebra y provocando despidos directos e indirectos por la forma de contratación con la que operaban (Solano, 2004).

Sin embargo, la explotación del oro en las minas de Abangares y en sus alrededores ha permanecido de forma continua por coligalleros y sus familias, conformándose hasta la fecha en una actividad productiva formal del cantón. Como menciona Ofelia Gamboa, maestra pensionada que nació, trabajó y aún vive en Las Juntas: “Corrieron los años, los coligalleros nunca abandonaron la extracción aurífera que por décadas habían mantenido en los márgenes del río Abangares, valiéndose de rudimentarios métodos de cayucos y molinos...” (Gamboa, 1990: 43).

La persona coligallera es trabajadora independiente, “que explora y busca hilos de oro en el terreno... siendo su habilidad principal el reconocer las vetas mediante cateo” (Calvo y Chavez, 1992: 10). El trabajo es realizado en el interior de túneles que se van construyendo en busca de las mejores vetas (franjas de material aurífero que sobresale del resto de la piedra), cuyas minas, en la mayoría de los casos, han sido abandonadas por las compañías extranjeras. Los y las coligalleros han sido denominados según la derivación “del término cola de gallo, nombre que usan los mineros para describir los residuos de oro que quedan en forma de relieve al catear en una palangana el mineral molido. En el fondo del recipiente, deja un rastro de oro en forma cola de gallo” (Castillo, 2009: 36).

Los coligalleros en Abangares han planteado muchas luchas, entre ellas la adquisición del derecho de explotación en la mina Boston, abandonada por las diferentes empresas, de manera tal que no solo se adueñaron de la tierra, sino también lograron obtener la respectiva concesión minera. Esto les brinda una aparente tranquilidad en la realización diaria de sus labores (Calvo y Chaves, 1992).

El trabajo de coligallero se organiza de forma grupal familiar, el hombre, padre de familia, y sus hijos, o bien, entre hermanos, cuñados. Para el proceso de extracción artesanal se requería inicialmente de un molinete, posteriormente un molino metálico que estaba ubicado en cada mina, en ambos casos con la necesidad de contar con una fuente de agua, por lo que tradicionalmente se establecieron campamentos cerca de las mismas, tanto en el tiempo de las

compañías como en el posterior desarrollo artesanal, en los cuales vivieron los hombres, las mujeres y sus familias.

En la reconstrucción de la historia del coligallerismo no se hacen claras referencias a la participación de mujeres en esta actividad. Se encontró como antecedentes a Castillo (2006), el cual retoma la observación realizada por William Wells en las minas de Honduras a mediados del siglo XIX, referente a la curiosidad generada al ver a mujeres que trabajaban en las minas con el previo permiso de los hacendados.

Con respecto a la participación de las mujeres en la minería de Costa Rica y en Abangares, los autores consultados no las han relacionado con las labores o bien las han omitido de la historia, a pesar de que La Sierra y Las Juntas de Abangares fueron pueblos organizados donde no solo habitaron hombres, sino también familias completas, mujeres, niñas y niños quienes dieron origen a las familias actuales de estos poblados y comunidades aledañas.

Las mujeres son citadas en labores específicas, vendiendo en un comisariato, como doña Mina (Gamboa, 1990); dueñas de fondas, tales como la salvadoreña Margarita Segura (Gamboa, 1990); Mercedes Panza, quien fuera además una de las artífices de la Huelga y Matanza de 1911, y Antonia Cortés “que era famosa por dos cosas, por su lengua larga y por su aversión a los hombres” (Sánchez, 1999 citado por Zúñiga; 2010: 52). Las fondas eran espacios importantes para los mineros porque durante los días de trabajo comían y contaban historias de las vivencias, leyendas, desaparecidos; así como para compartir tristezas y alegrías (Zúñiga, 2010).

La otra labor era la de las prostitutas que venían desde Puntarenas para los días de pago, se ubicaban en tres “lupanares” o centros de prostitución, y eran fuente de disputas entre los mineros, que padecieron de enfermedades venéreas que no tenían cura y que tuvieron que ser encarceladas para su control, evidenciando la estigmatización social y paupérrimas condiciones que tuvieron que enfrentar. Se mencionó de acuerdo a la entrevista con un exminero “que una mujer se ganaba en tres días trescientos y cuatrocientos colones, que era un capital enorme en aquellos años” (García, 1984: 40).

En el transcurso del siglo XX, en la consolidación del pueblo de Las Juntas y de Abangares como cantón, también estuvo presente el aporte de la mujer como amas de casa, maestras en las diferentes escuelas o en el comercio. Gamboa, con respecto a los coligalleros, menciona que las mujeres apoyaban la alimentación de estos “con sus grises molinos de piedra, molinetes dispersos en ambas riberas a lo largo del río Abangares”, (donde) “casi siempre llegaban con picheles u ollas de refrescos, además de arepas, empanadas o pasteles, que ofrecían a los trabajadores” (Gamboa, 1990: 9).

Las fuentes documentales y personales consultadas no hacen evidente la participación de la mujer en el proceso extractivo de la minería. Algunas personas entrevistadas manifestaron que la tradición oral decía que era de mala suerte que una mujer entrara a una mina, muy probablemente mediado por la división sexual del trabajo basado en la demanda física, la peligrosidad de la actividad y la fuerte cultura patriarcal predominante en la zona.

En la actualidad, en indagación con personas clave, fue ubicada la señora Miriam Corrales (2012) que vive en La Sierra, quien mencionó que laboró para la última empresa antes de que cerrara (El Valiente Ascari) en labores de entrega de materiales para los mineros y en el mantenimiento de un espacio de la bodega que funcionaba también como oficina y tenía un baño para visitantes.

En el estudio se ubicó a la cooperativa CoopeOro RL, la cual agrupa una serie de coligalleros individuales y negocia la venta del producto a intermediarios, cuenta con un local y laboran mujeres en la parte administrativa. Este ente dio inicio durante el año 2010 a un proyecto de orfebrería, elaboración de joyería de plata (residual del oro) y oro, para dar un valor agregado a la actividad minera, donde participan unas seis mujeres entre los 18 y 30 años, y fueron capacitadas en el INA⁵, logrando obtener la maquinaria y las técnicas para crear piezas que venden en su local.

⁵ INA: Instituto Nacional de Aprendizaje. Institución gubernamental que brinda capacitación técnica a personas en todo el país, concluyeran o no la educación secundaria.

De esta reconstrucción de antecedentes, se coincide con María Eugenia Murillo al introducir las memorias de Ofelia Gamboa (1990) en que “la historia oficial descarta y relega los enfoques femeninos y la cotidianeidad de las mujeres, sus aspiraciones, las condiciones de injusticia y las luchas por las transformaciones de esta realidad, ya sean manifiestas o latentes”, lo que es respaldado por Zúñiga:

“Una gran deuda queda al finalizar este estudio: la poca relevancia o el papel insignificante que se le asigna a las mujeres en el espacio minero. En la mayoría de las fuentes consultadas son invisibilizadas (...). Pero estamos seguros de que hubo mujeres valientes, acompañaron a sus esposos e hijos y que habían familias constituidas. No era un enclave de hombres solos, pues no se habría fundado el pueblo que es hoy. A esas mujeres que lucharon, junto con sus familias, que gestaron y formaron a los hombres y mujeres que hoy habitan en Las Juntas de Abangares, y que no han sido tomadas en cuenta, como se merecen las crónicas oficiales, les reconocemos hoy su importante papel en la historia de la minería costarricense” (Zúñiga, 2010: 67).

Esta recuperación histórica permite observar dos situaciones, la primera que la mujer ha sido invisibilizada en la historia de la minería en Abangares y aun ubicando a algunas mujeres en el trabajo minero, sigue siendo considerada un actor que, a pesar de que construye la historia cotidiana de las comunidades, es excluida de la misma.

Así también se observó la explotación y deslegitimación del papel del coligallero en la construcción de un pueblo ante la permisión de un país ante las empresas extranjeras.

Las empresas internacionales crearon una serie de condiciones de sobreexplotación a los obreros de las minas, no redistribuyó los ingresos generados que se traducirían en desarrollo social, sino más bien generó pobreza, enfermedades, problemas en el ambiente asociados a los métodos y al uso del mercurio y persiguió al trabajador pobre que intentaba extraer aquello que le pertenecía a todos: la riqueza mineral, asimismo, determinó la estigmatización traducida en la legislación minera, condiciones que prevalecen hasta nuestros días y la falta de opciones de desarrollo endógeno que incluya la participación de las familias coligalleras costarricenses en Abangares.

Proceso de minería artesanal

Para comprender mejor el proceso de la minería en que trabajaron las mujeres coligalleras, a continuación se hace un esbozo del procedimiento en general, el cual se ha reconstruido de la información brindada por las personas entrevistadas y cotejado con los textos de Castillo (2006 y 2009):

- a. *Proceso exploratorio*. Las vetas (que se ubican en la formación de cuarzo) se van siguiendo según la experiencia de los mineros, como apuntó Ariadna, sobre su esposo, “se para en un monte y dice, allá viene la veta, se mete por aquí y dobla, y encuentra la veta”. Las vetas se siguen desde afuera o dentro de los túneles sea nuevos o hechos desde las primeras compañías; la mina Tres Hermanos tiene más de 100 años y aún el sistema de madereado que da soporte al túnel está intacto. Dentro de estos túneles iniciales se van haciendo más y más túneles o chimeneas, siguiendo los hilos. Se utiliza la dinamita y el barreno para quebrar la piedra y continuar el túnel. En la actualidad hay túneles de hasta ocho kilómetros en lo profundo de las montañas, horizontal y verticalmente.
- b. *Prueba de presencia de oro (cateo)*. Los mineros extraen las rocas de la mina. Estas rocas contienen cuarzo, ya que por lo general el oro se encuentra en presencia de este mineral. En primera instancia hacen una prueba para confirmar la presencia de oro en estas rocas (fig. 1). Esta prueba consiste en la pulverización de la roca mediante un mazo y la detección de oro mediante lavados sucesivos. El material que se va extrayendo durante este proceso se examina, de forma rudimentaria y como lo han hecho históricamente, en una pala que ha sido quemada para tal fin, para saber la cantidad de oro que dará, si es bueno o malo, dependiendo del espesor del mineral que quede como residuo al pulverizar una pequeña cantidad e irlo disminuyendo con agua. Este residuo que, según ellos, tiene una forma como la cola de un gallo, es el que les dio origen a su nombre “coligallero”.



Figura 1. Se lava sucesivamente la piedra extraída de la veta para ver la presencia y calidad del material aurífero. Fotografía: G. Villalobos.

c. Extracción. Etapa en que se saca la piedra, o material de los túneles; para esto se utiliza un cincel, una pica o pico, una pala. Además de un foco de cabeza provisto por una batería especial recargable, porque en la mayoría de los túneles no hay luz o es muy escasa. Se van llenando sacos y después se trasladan hacia la superficie, sea en los hombros o también han inventado montarlos en unas bicicletas viejas a las que les quitan el asiento y los frenos (fig. 2).



Figura 2. Una de las mujeres explicando el proceso de extracción en el cual trabajó. Fotografía: G. Villalobos.

Esta etapa es donde se concentran la mayoría de riesgos físicos, por las difíciles condiciones propias del terreno, la humedad, el nivel freático y la época de lluvias que hace que se inunden los túneles, por lo que deben trabajar en medio del agua mezclada con óxido de hierro o intentar sacar el agua con una bomba; además estas condiciones hace que se derrumben con cierta frecuencia. Como trabajan sin equipos especializados, como se observa en las grandes empresas mineras de la actualidad en otros países, cuanto más profundo se está trabajando, el oxígeno escasea. En esta etapa se enfrentan además con problemas respiratorios causados por el polvo de la explotación, del guano de los murciélagos o de los gases emanados por otros minerales que también se encuentran presentes en estas tierras.

Ellos elaboran los túneles, aunque son conscientes de que la tierra no les pertenece, existe un código oculto, de respeto por el túnel de cada coligallero. En ocasiones deben poner un guarda para que cuide la entrada, para que otros mineros no lleguen a “sucuchar” por las noches, porque además de extraer el material, deforman la caja, y después deben volver a hacerla. Depende de cada minero si quiere o no compartir las vetas que encuentre en el túnel; si lo comparten porque es buen material, el o los mineros que lo encuentran pasan a tener un rango como de dueños del túnel, que incluye el mantenimiento de la entrada, que no dejan material no aurífero tirado que pueda tapar la entrada, entre otros cuidados que se deben tener en la extracción dentro de los túneles.

Después de tener un grupo considerable de sacos con piedras auríferas en la parte exterior del túnel, lo trasladan a sus casas o a las rastras en un camión para continuar con el otro paso. En el pasado, el resto del proceso lo hacían en la mina.

- d. Molida.* Una vez afuera, estas piedras deben reducirse a granos más pequeños, por lo que se muelen (fig. 3), anteriormente se utilizaba un mazo y se golpeaban hasta llegar al tamaño requerido (fig. 4). Ahora inventaron una máquina especial para moler con electricidad, con poleas y un sistema similar al de moler maíz. La roca pulverizada es depositada en unas máquinas mezcladoras artesanales.



Figura 3. Molida por medio de la máquina. Fotografía: G. Villalobos.



Figura 4. Molida por medio de mazo. Fotografía: G. Villalobos.

e. Amalgamación. Una vez molida la piedra inicial, se debe seguir moliendo más fino y agregar el mercurio a la mezcla en una máquina denominada rastra (fig. 5). Esta consiste en dos grandes rocas giratorias movida por medio de motores de carros, tiene una base de cemento, encima una capa de hierro y allí las rocas pulverizan y facilitan la adherencia del oro al mercurio, lo cual se conoce como amalgamación (fig. 6). El mercurio tiene la función de captar el oro, ya que este es muy fino y se volatiliza con el contacto del aire. El producto de este proceso son las lamas, que es un barro que contiene el oro azogado o mezclado con el mercurio. Requiere de mucha agua, la cual toman de los ríos, por eso es necesario que las rastras estén cerca de estos. En la época cuando vivieron en la Boston, tenían unas mangueras que les proveían el agua por inclinación, hasta los molinos ubicados en las minas. Al inventar las rastras, evoluciona el trabajo minero y permite la inclusión de más mujeres en este negocio al tener las rastras en las casas.



Figura 5. La rastra en la casa permite la inclusión de la mujer en el proceso, el cual es combinado con labores del hogar y cuidado de los hijos. Fotografía: G. Villalobos.



Figura 6. Vista interna de la rastra en funcionamiento. Se observa el mercurio y los trozos de piedra que se procesa con el agua. Fotografía: G. Villalobos.

f. Lavado de las lamas. Para lavar las lamas o colas se pasaban con agua por un cayuco, que es una tabla en la que encima le extienden unas cobijas peludas. En la época de la Boston, eran tres cayucos para poder aprovechar mejor el material de la lama (fig. 7). Incluso, mencionaron que se podía volver a pasar las lamas ya coladas. El producto de este lavado se debe poner en una tela y se retuerce para que salga el agua, quedando al final el oro y el mercurio amalgamados.



Figura 7. Lavar las lamas o barro con el material amalgamado. Fotografía: G. Villalobos.

g. Separación del oro del mercurio. Este proceso se realiza mediante la fundición con calor en fogones con una “retorta” que es un tubo de cañería, al que en un inicio se le pone un codo de manera que quede bien cerrado, allí se coloca el oro azogado y mediante el calentamiento y evaporación del mercurio queda el oro como producto final (figs. 8 y 9). El mercurio se condensa en el tubo y pasa hasta el otro extremo donde es recibido por un recipiente con agua. Anteriormente se hacía este paso en una cazuela, permitiendo la evaporación libre del mercurio, lo que conducía a la pérdida del mismo y a mayor contaminación de las personas que estaban presentes. Comentan las y los coligalleros, que antes este proceso se hacía en el mismo fogón donde preparaban los alimentos y con las mismas ollas. Finalmente este es llevado a los compradores de oro quienes lo funden y lo pesan (fig. 10).



Figuras 8 y 9. Separación de oro del mercurio por medio de evaporación, para lo que se utiliza la retorta. Fotografía: G. Villalobos.



Figura 10. Oro resultado de un día de trabajo. Fotografía: G. Villalobos.

5. Resultados y discusión

La minería se observa desde lejos, como un capítulo de la historia costarricense que formó en sus albores del siglo xx a todo un cantón y que si se tiene interés, se pueden leer novelas o estudios al respecto, y si se tiene más curiosidad se puede pasear en Las Juntas y encontrar algunas señas de dicha actividad: un monumento al coligallero y un ecomuseo como si fuera una actividad inexistente y que solo los abuelos hablan en sus cuentos.

Sin embargo, al adentrarnos en la cotidianeidad de la comunidad nos encontramos familias enteras que dependen del oro como forma de subsistencia. Algunas de estas familias son lideradas por mujeres, quienes valientemente se dedicaron a la minería para sobrevivir económicamente o para apoyar el trabajo de la familia coligallera. Sus vivencias se rescatarán en este apartado, para conservar y dar a conocer sus aportes a la historia de Abangares.

Las mujeres coligalleras comenzaron a trabajar en minería por un motivo legítimo y único: mejorar sus condiciones de vida y las de sus familias. Su ocupación las hizo ser particulares y destacarse de otras trabajadoras al realizar un oficio tradicionalmente masculino, ya que no todas las mujeres saben palear para llevar alimento a sus familias, manejar un molinete o un cayuco con destreza, catear para saber si una veta es buena, trabajar una lama o determinar los diferentes momentos de una rastra (fig. 11). Estas mujeres “orgullosamente coligalleras” sí lo saben, viven de ello y junto a su oficio han establecido sus hogares y sus relaciones con las otras personas.



Figura 11. Mujer coligallera trabajando las lamas. Fotografía: G. Villalobos.

Algunas de ellas han trabajado en minería casi treinta años, iniciándose en el oficio por herencia, falta de oportunidades académicas o laborales, o por la urgencia de contribuir a la economía familiar.

Entre ellas se han enseñado lo que por necesidad se ha de aprender: “yo le enseñé a algunas mujeres..., éramos como cinco mujeres” (Atenea), y lo que nunca se imaginaron es que les iba a traer alegrías y satisfacciones aunadas al dolor y esfuerzo.

Se explorará primero la conformación y características de las relaciones familiares y comunales, posteriormente un esbozo de la vida en los campamentos en la mina Boston, donde

laboraron, para introducir el tema del proceso productivo de la minería y concluir con los problemas asociados a la salud y los riesgos propios del trabajo realizado.

Historia familiar

Las mujeres coligalleras entrevistadas son oriundas de Abangares o de comunidades cercanas, como Guacimal y Lourdes (de Abangares). Todas sin excepción tuvieron condiciones de pobreza durante su niñez y adolescencia, prolongándose hasta su juventud y vida de pareja. Sus padres fueron jornaleros, o bien se transformaron en mineros con el auge de la actividad y los malos salarios que se pagaban en el sector agropecuario en las fincas guanacastecas.

Proviene de hogares con muchos hermanos y hermanas, familias numerosas en las que casi todos los hermanos se dedicaron a la minería, no así las mujeres, al ser pocas las que practicaron este oficio.

Sus madres se dedicaron a las labores domésticas y a conseguir por sus medios algún tipo de sustento para sus hijos e hijas; sin embargo, llama la atención que en algunas de las entrevistadas las madres fueron presentadas como enfermas, alcohólicas o desdibujadas del recuerdo, ponderando positiva o negativamente la figura paterna. En algunos casos, los padres hicieron abandono del hogar y son ellas quienes deben trabajar para aportar al sustento familiar.

La infancia de estas mujeres estaba mediada por el aprendizaje de las labores del hogar y del campo, no recordaron haber jugado o tenido juguetes, tal vez una muñeca de trapo, dijo una, o carros que se hacían para los hombres con tapas de “Gerber”.

El trabajo desde la infancia es una constante de todas las entrevistadas; cuidaron hermanos, asumieron responsabilidades domésticas o laboraron en fincas y en casas vecinas de mejor posición económica. Se visualizan en ellas algunas de las consecuencias de la explotación infantil: el trabajo con extensas jornadas, privarse del derecho a la educación y a vivir libres de violencia, así como una reducción a la exposición de violencia en su edad adulta y a tener una vida en mejores condiciones en que no se favorezca la pobreza.

Las condiciones de pobreza fueron un factor limitante para la asistencia a la escuela o al colegio, aunado a las restricciones que impusieron sus padres de acuerdo al modelo patriarcal que imperaba (o impera), por lo cual la mayoría de estas mujeres apenas sabe leer y escribir, no concluyeron la primaria, como Afrodita, “ya viejilla saqué el sexto...” o Atenea, “yo escribo a como hablo”, en clara referencia a las dificultades en pronunciación y vocabulario que manifiesta.

Las mujeres entrevistadas han tenido padres o hermanos mineros dedicados a este oficio por poco o mucho tiempo. Las madres o hermanas no trabajaron directamente en minería, aunque establecieron relaciones con mineros. Comentaron no sentirse estigmatizadas o excluidas por otras mujeres u hombres de su comunidad por participar en esta actividad, más bien plantearon que la gente les reafirmaba la valentía.

“A mis hermanas ninguna le gustó (la minería), sus maridos también trabajaban en minería, ellas se quedaban en las casas y ellos se iban a trabajar... Mami estuvo allá con nosotros un tiempo cocinándole a mi papá y cuando terminaba se iba para donde mí, donde yo estaba trabajando, pero yo no la ponía a trabajar porque era mi mamá. Además ella iba como a pasear, a acompañar al esposo. Se iba una semana y se devolvía porque ellos tenían animales y no podían dejar a los animales solos” (Hera).

Las coligalleras mencionan mantener actualmente relaciones funcionales con sus progenitores, entender lo que vivieron sus padres y madres, intentar olvidar y perdonar los tristes recuerdos que marcaron sus vidas en la niñez y adolescencia. Tienen hermanos y hermanas con quienes se llevan bien, se visitan ocasionalmente y cuando se puede, se apoyan mutuamente. Esta práctica la han vivido desde el seno de sus hogares hasta en el interior de las minas, ya que la minería es su vida y la de quienes les rodean.

Conformación familiar

Las mujeres entrevistadas conformaron sus propias familias entre los 15 y 20 años de edad. Con el marco de la minería establecieron relaciones de pareja desde hace varios años, procreando a sus hijos e hijas. Sus vidas de pareja se iniciaron en este cantón; algunas en medio de los túneles, las lamas, el cateo y el oro. “Trabajé en las minas como 3 o 4 años, ahí conocí al ayote... me ayudaba a poner mangueras, siempre era él que me iba a ayudar, cuando él estaba me ayudaba... nos regalaba una molida, nos regalaba material” (Afrodita).

Estas mujeres han asumido sus roles como madres y se encargaron de la crianza de sus hijos e hijas, como es usual en los roles tradicionales establecidos en la sociedad costarricense, pero lo que las hace diferentes son las dificultades de realizar dichas tareas en el ambiente de los campamentos en la mina Boston como mineras.

Durante las etapas de embarazo algunas de estas estuvieron trabajando en las minas, en las que tuvieron experiencias que consideraron entre las más difíciles, o el estar a punto de parir a sus hijos en el interior de un túnel, como Atenea, cuando se le reventó la fuente y de forma prematura tuvo a su hijo menor.

Las formas de organización para la crianza y cuidado de los hijos e hijas fue diferente dependiendo de los apoyos con lo que contaran. Algunos fueron criados en las minas y otros fuera de estas. Afrodita y Hebe contaron con el apoyo de sus madres, situación diferente a la de Artemisa, quien dejaba solos a los cuatro hijos, “los mayores cuidaban a los menores”. De una u otra forma los hijos e hijas crecieron en este ambiente, acostumbrados a ver a las personas adultas de la familia dedicados a la minería, lo que los determinó, especialmente a los hombres, a dedicarse al oficio.

Las mujeres que tuvieron que criar a sus hijos e hijas en las minas desarrollaron diversas formas de protección por los riesgos, sea de la relación con otros hombres, por las condiciones físicas del lugar o por animales depredadores que aún quedaban en esas fincas guanacastecas.

Si bien ellas plantearon no haber tenido problemas de acoso sexual por parte de los mineros hacia ellas o sus hijas, tendieron a alejar a las hijas del campamento, dejándolas donde la mamá o donde “una señora que vivía más afuera” para su cuidado, para que fueran a la escuela, o bien, el nacimiento de las hijas coincidió con la salida de ellas del trabajo directamente en la mina.

Se organizaron entre las mujeres del campamento para cuidar a los hijos e hijas, como lo mencionó Atenea, “uno iba a lavar las lamas, una se lo cuidaba, y así. Las coligalleras estábamos organizadas”, lo que evidencia un grado de cohesión por sororidad.

Para los niños y niñas la escuela más cercana era la de “La Chiri”, ubicada en La Sierra, lejos del campamento, inapropiado para el traslado a pie, por lo que se dificultó el acceso a la educación formal. Atenea mencionó que ella sí envió a sus hijos porque tenía un caballo: “Ellos iban a la escuela y después se devolvían a la mina, por lo menos a llenar los baldes. Los mandaba a la escuela de La Chiri en un caballo y cuando no estaban en la escuela estaban trabajando en las minas conmigo y mi esposo”. Sin embargo, otros hijos como los de Afrodita y Hera no concluyeron la primaria o la secundaria, por diversos motivos, como peligrosidad, apoyar la situación familiar o vieron en la minería un camino accesible y conocido para satisfacer sus propias necesidades de jóvenes que no visualizan con la educación formal.

Desde una óptica externa, la presencia de menores de edad en el trabajo de minería se considera una forma de explotación infantil, y estas familias han tenido que enfrentar denuncias por tener a sus hijos en esta actividad. Por una de estas denuncias, a uno de los hijos de Hebe le otorgaron una beca de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para que dejara la minería y continuara con su educación.

Esta generación de mujeres no ve en la actividad minera una oportunidad para sí mismas de superación, ya que ha sido históricamente masculinizada y ciertamente es necesario mayor esfuerzo físico y soportar condiciones agrestes. Hera hizo alusión a lo que su hija piensa del

oficio al que ella se dedica, “dice que es de marimacho... pero a mí me gustaba más el trabajo de hombre que de casa”.

Al cuestionar a las madres sobre la participación de sus hijas en minería, casi todas dijeron que no, que era “muy duro”. Han intentado enseñarles el oficio, como lo dijo Hera o Hebe, pero sus hijas han desistido. Actualmente solo una de las hijas de estas coligalleras se dedica a la minería, porque junto a su esposo tienen una rastra y su madre es quien le ha enseñado a moler, pero no a ir a excavar a los túneles.

Se observa que las mujeres coligalleras establecen diferencias por sexo en la crianza de sus hijos e hijas continuando con los patrones culturales asociados a uno u otro sexo.

Continuidad del coligallerismo

Al conocer ellas el oficio, la mayoría coincide en que no es el trabajo que anhelan para los suyos, a los que motivaron al estudio y otras actividades, pero también reconocen las limitaciones económicas para ello, y algunas no están en condición de pagar el sistema educativo. La primaria y secundaria la han podido culminar con becas u otros apoyos. No todos los hijos e hijas han tenido estos beneficios, o el sistema ha sido ineficaz⁶, por lo que han desertado de primaria o secundaria y se han dedicado al oficio, han establecido sus propios hogares y los mantienen a partir de ese esfuerzo: “Es muy peligroso, aquí todos los desempleados van a la mina y los chiquitos de los mineros también” (Artemisa). Es importante acotar que dos de las hijas de dos coligalleras realizaron estudios universitarios.

Tienen conciencia de los peligros a los que se enfrentan, a las enfermedades, los aterros (derrumbe dentro de los túneles) y la muerte, por lo que, a excepción de Atenea, ninguna quiere que su descendencia sea coligallera. Atenea está de acuerdo en que se continúe el legado en el oficio que es su vida entera: “Estoy de acuerdo en que trabajen allá, el hijo mayor trabaja con el papá –en la mina–, no siguió estudiando porque estábamos en la Boston”.

Este oficio se transmite de generación en generación en la práctica diaria. Aunque el coligallerismo ha sido tradicionalmente trabajado por hombres, las mujeres han sido un baluarte para la transmisión de conocimientos, entre ellas se dan apoyo y se transmiten las enseñanzas, los trucos del oficio y hasta cómo intentar evitar accidentes y ser precavidas en su ejercicio. Las mujeres les han enseñado incluso a los hombres a desenvolverse en este arte.

La minería es un oficio respetado en sus familias, aprendido mayoritariamente por necesidad. Es común que cuando se reúnen el tema de conversación gire en torno a las vetas y las rastras, los accidentes, las bonanzas, el día a día de la mina. Cuando regresan de sus trabajos pasan a las casas de sus madres o hermanas para saludar, aunque también se puede interpretar que es una forma de comunicación y de transmitir tranquilidad a sus seres queridos al finalizar la dura jornada.

La agresión como parte de sus vidas

Las más arraigadas expresiones de la cultura machista, el alcoholismo y la agresión infantil e intrafamiliar se manifestaron constantes en las relaciones con padres y parejas.

La niñez de estas mujeres estuvo inmersa en situaciones de violencia y agresión, el castigo físico se daba incluso en espacios públicos, se hicieron mujeres adultas y pensaron que las agresiones se acabarían, pero en sus vidas de pareja fueron igualmente víctimas del flagelo.

⁶ Ejemplo de ello durante el tiempo de investigación, es que a uno de los hijos menores de una familia coligallera FONABE (Fondo Nacional de Becas) no le había depositado el monto económico correspondiente durante el año anterior y presente. Aún al finalizar la investigación no había tenido respuesta de ese ente.

Como a la mayoría de las mujeres agredidas, les fue difícil desarrollar habilidades que les permitieran vivir sin violencia, producto de las desigualdades de poder y de procesos de socialización en que se privilegia al hombre, sumado a mitos que se asocian a esta problemática, que son reproducidos por ellas. Se destaca que estas mujeres no han sido partícipes de procesos terapéuticos, de autoayuda y o de apoyo, por lo que algunas no se reconocen como víctimas o sobrevivientes de violencia.

Han sido formadas en hogares en los que la violencia ha sido mimetizada de generación en generación, y asumida como “natural” en sus procesos de socialización.

El alcoholismo, la agresión y la consecuente irresponsabilidad en el apoyo y sostén familiar, fueron algunas de las motivaciones principales por las cuales estas mujeres tuvieron que recurrir a la actividad minera, que estaba cercana, que sus familias habían trabajado y en las que se les abrió una oportunidad para generar un ingreso económico.

El aporte al sustento familiar contribuyó al empoderamiento frente a sus parejas, llevándolas, en algunos casos, al divorcio o conclusión de las relaciones, de ahí el que su situación de vida haya cambiado con el paso de los años.

Motivaciones y proceso de la actividad coligallera

La participación de las mujeres en el oficio difiere del momento de vida o de la parte del proceso en el que iniciaron a trabajar. De las entrevistadas solo Ariadna no participó del proceso de extracción en los túneles directamente, ella se incorpora cuando construyen la rastra y la instalan cerca de la casa; sin embargo, acompañó a su esposo coligallero durante muchos años viviendo en el campamento.

El trabajo en la minería lo ejercen de igual manera los hombres y las mujeres, aunque estas se han “especializado” en alguna parte del proceso, y su labor es indispensable para obtener el tanpreciado metal. En algunos casos la decisión dependió de la crisis económica a la que se enfrentaban y la dificultad de encontrar un trabajo.

Algunas se iniciaron por la tradición de ver a su padre en dicha labor. “Mi papá era minero, mi papá trabajaba en las minas y en mi casa, en el patio había un molinete... yo a mi papá lo veía desde que yo era pequeñita quemando oro en una latita de atún y ahí fuimos viendo” (Artemisa).

Otras empezaron a trabajar junto a sus parejas quienes les enseñaron el oficio, como explica Hebe: “Ayudarle a (la pareja) y no tener que contratar un peón”.

“Empecé a trabajar en las minas cuando me casé. Tenía como veinte años. Cuando empecé hacía almuerzos, iba a dejarlos y me quedaba moliendo piedra. Iban a Boston y uno le ayudaba a quebrar piedra, iba al molino, yo quebraba la piedra grande y la más pequeña (...). También me metía dentro del túnel, del 7 hasta adentro a trabajar sin oxígeno, huele a ácido, es muy fuerte, hace que se jodan los pulmones (...). Había un chapulín que nos guindábamos y nos llevaba a todas. A mí me enseñaron solo los hombres, la pareja y otros hombres, yo le ayudaba a todos y a todos jodía” (Atenea).

Posteriormente, con la introducción de la rastra, tenían que alquilar por horas a quienes las poseían. Posteriormente fueron construyendo, con préstamos o ahorros, las rastras propias. Poseer esta maquinaria ha permitido a las mujeres permanecer en el negocio familiar y generar ingresos propios y no desligarse del mismo.

Si bien unas empezaron antes y otras después, permanecieron en un mismo momento en la Boston por un espacio de cuatro años aproximadamente de manera constante, viviendo y trabajando en la mina. Algunas, como Artemisa, no han dejado de ir a la mina, incluso está iniciando un túnel con su hermana.

Vida en la mina

Todas de las mujeres entrevistadas adquirieron su casa en los barrios cercanos a Las Juntas; sin embargo, por la forma en que se desarrollaba la actividad minera, que implica estar cerca del molino, se trasladaron a vivir en campamentos improvisados en las inmediaciones de la mina, práctica reseñada por los autores desde el tiempo de las primeras explotaciones.

En los campamentos se vivía en ranchos ubicados en las inmediaciones del río, del cual tomaban agua para preparar los alimentos, lavar la ropa y bañarse. Los ranchos eran de horcones, con plásticos como techo o paredes, dormían sobre tablas que les servían de camas y ponían un fogoncillo afuera para preparar los alimentos (no tenían electricidad).

Algunas de las mujeres tuvieron casas de madera, donde además podían tener animales para el sustento diario, como gallinas, vacas o caballos. En los ranchos vivían las familias (ellas, sus parejas y sus hijos) o bien grupos familiares extensos, esposos, suegros, cuñados y ellas y sus hijos e hijas. Si eran la única mujer del grupo, tenían que cocinar para todos, realizar sus tareas como mineras, lavar la ropa y cuidar infantes. La doble y triple jornada era permanente.

Todo el proceso estuvo mediado por las dificultades propias del trabajo, como dijeron de una u otra forma todas, “el trabajo es duro... a veces había que entrar hasta de cuatro patas a los túneles y estar también todo el día agachado cuando se muele”. También manifestaron haber sentido los “vapores” y la sensación de ahogo dentro de los túneles, “fue tal el susto que tengo grabado el túnel en la mente” (Hera) lo cual hizo, en este caso, que posterior a este evento, no quisieran volver al proceso de extracción dentro del túnel.

Para ellas lo más triste de esta vida minera fue haber trabajado todo un día, toda una semana y no sacar nada, volver a la casa con las manos vacías.

“Lo más triste es que no salga nada después de buscar tanto, y tanto, y sabiendo que hay que pagar agua, luz, comida y sabes si será hasta la otra semana... a ver si se encuentra algo para pagar todo lo que se debe” (Atenea).

La época lluviosa extremaba las condiciones de trabajo, porque cuesta más sacar el material de los túneles, máxime por la situación de riesgo de inundación que presenta en general Las Juntas al tener presencia de ríos. Algunas tuvieron experiencias que las enfrentaban con el dolor y desesperación de tener en situaciones de peligro a sus hijos, sus madres, sus familias y sus casas por las inclemencias del tiempo.

Entre las experiencias más lindas, concordaron en el hecho de poder trabajar y obtener un ingreso para sí mismas, lo que les daba energía para seguir trabajando.

“La minería es bonita, porque es como una aventura, un tiempo de suerte, si se encuentra un hilito, le paga bien” (Afrodita).

También señalaron, quienes son poseedoras de la rastra, que este proceso es el que más les ha gustado, dado que la posesión de la maquinaria les permite no tener que alquilar, y ser dueñas de la totalidad del proceso productivo.

Relaciones sociales en la mina

El compañerismo entre ellas se hace presente en todo momento. Se apoyan, se ayudan, comparten lo que tengan. Cuando se trabajaba y vivía en la mina se establecieron vínculos más estrechos, nexos que se fortalecen por la diaria convivencia y la solidaridad de género ante las necesidades de la vecina, las carencias de la amiga y las penurias de la coligallera.

La amistad es una de las experiencias señaladas como positivas por todas ellas, en momentos como el traslado a pie hasta la Boston, la colaboración con los hijos e hijas, con la alimentación y por supuesto con las faenas en la mina no tuvieron problemas, y ahí nació y/o se fortaleció su amistad.

Desarrollaron códigos y normas entre su género, en las que el respeto y la solidaridad se destacan, las cuales hasta el día de hoy están vigentes. Aunque no trabajen en las minas sino

en sus casas en alguna parte del proceso de la minería (principalmente en las rastras como se ha indicado anteriormente), ellas apoyan a la que esté atravesando una situación particular y le brindan lo que esté a su alcance. Esto sin duda ha desarrollado el sentido de pertenencia hacia sus trabajos y la sororidad entre el gremio.

Las mujeres entrevistadas son críticas en definir que las relaciones entre hombres son diferentes a las de ellas. En los hombres se dan rencillas, pleitos, celos y hasta el hurto de material y la extracción en vetas. Al respecto de los conflictos interpersonales existe una creencia, que si entre los mineros se pelean por una veta o si se muere alguien en las minas, el oro “se niega”, se esconde, deja de salir u ocurre un derrumbe que no permite el acceso a ese lugar.

Las creencias como la anterior formaron parte de ese entorno, que evidencian ese acervo cultural del ser costarricense y del ser guanacasteco, para dar explicación a situaciones que mediante la lógica no se pueden explicar. De esta forma, en los relatos surgieron anécdotas de brujas que no dejaban que llegaran a una mina, perdiéndolas en el camino y para ahuyentarlas se volvieron la camisa al revés; con el fantasma de un antiguo minero que transportaba oro y que mataron en el río y aseguran que escuchaban cuando estaban en la Boston, atravesando eternamente el río con su caballo y también, la búsqueda de un tesoro, enterrado en una propiedad, tal vez por un trabajador negro en su huida de los mineros enfurecidos.

Organización comunal femenina

Es importante rescatar el tipo de organización que tienen las mujeres mineras ante situaciones de emergencia, al darse los aterros, deslizamientos y crecidas de agua. Cuando ellas no están en las minas y se escucha una ambulancia, inmediatamente se activa la red para saber qué y a quién le ha sucedido algo y la forma de ayudar.

Estas uniones comunales han llevado a que se formen organizaciones que han intentado beneficiar a la población minera a través de asociaciones y cooperativas, las mismas que han liderado luchas en favor de su oficio, tal es el caso de las protestas de esta población ante la Asamblea Legislativa por las reformas al Código de Minería, en las que se congelan a favor del Estado todas las áreas del Cantón de Abangares y se impide la utilización de técnicas de lixiviación con mercurio y cianuro.

Sus protestas fueron parcialmente escuchadas, y al menos por el momento siguen labrando en las minas igual que antes con relativa tranquilidad (máxime después de la aprobación del Decreto del año 2012).

Condiciones económicas alcanzadas por las coligalleras

Como se reseñó, estas mujeres tuvieron condiciones económicas difíciles cuando iniciaron a trabajar en minería, siendo este uno de los motivos que las impulsan a la coligallería. Durante el tiempo de dependencia de esta actividad lograron resolver las necesidades inmediatas, las básicas, pero no generaron capitales importantes que las hicieran vivir en la opulencia.

El ingreso por la venta del oro es fluctuante, depende de cuánto se extraiga durante la semana, del hilo, de la veta, si el material ha sido de calidad. Hay semanas muy buenas y semanas no tan buenas, en las que a veces se obtiene apenas para los gastos. En las épocas malas deben de pedir a crédito “de fiado” en las pulperías, negocios o en las rastras, cuando llega el dinero proveniente del oro se deben pagar las deudas. El comercio de la zona sabe que debe trabajar así.

Ellas mencionaron que antes era más frecuente encontrar “bonanzas” o vetas que tenían un buen material aurífero, pero con el paso del tiempo es cada vez más difícil, por eso se plantea que las minas ya no tienen tanto rendimiento y que en algún momento se van a acabar.

De hecho, algunas de ellas y sus familias encontraron bonanzas en algún momento que les permitió pagar cuentas, comprar o terminar la casa o acceder a algunos bienes, sus hogares

son “casas hechas de oro”. Encontrar una bonanza es el deseo de todo coligallero, más en los tiempos actuales que el oro tiene mejor precio. Las mujeres y las familias del estudio, si bien viven con sus necesidades básicas resueltas, no han logrado estabilizarse económicamente.

En la actualidad el gramo de oro se paga a 12100 y 12500 colones aproximadamente⁷, porque el precio internacional del oro ha mejorado. Ellos han determinado una forma para valorar los submúltiplos, denominándolos “palos”, un palo es igual a una cabecita de fósforos de tal forma que medio gramo son 6 palos, y 12 palos es un gramo. El oro es vendido a los dueños de rastras que actúan como intermediarios, o bien a quienes les venden el azogue o a los quebradores. Algunas mencionaron venderlo al que lo pague mejor. La cooperativa de CoopeOro RL se encarga de la comercialización del oro y de la plata, que es un subproducto del oro pero que no todos los coligalleros explotan.

El ingreso por familia es relativo, depende de la mina y el material que estén trabajando, la tenencia o el alquiler de la rastra, el poseer vehículo propio, la organización de la empresa familiar, y también que los miembros de la familia no tengan adicciones al alcoholismo o la drogadicción, ya que esto agrava la administración del dinero y el consecuente empobrecimiento o no surgimiento familiar.

Por ejemplo, una de las familias, con tres hombres extrayendo durante cuatro días y un día de la mujer en la rastra, obtiene un producto de 13 gramos, lo que equivale a 162 500 colones. Si se dividiera en partes iguales cada uno obtendría 40 625 colones. Descontando los gastos fijos que la actividad demande, como por ejemplo alquilar una rastra cuyo costo es de 2000 colones la hora, el pago de electricidad, la compra del azogue o mercurio (que se adquiere por kilo) y reutilizando el sobrante de la “retorta”, podrían ganar cerca de 100 000 colones, por lo que al final la ganancia no es significativa con relación al esfuerzo generado (fig. 12).



Figura 12. Tener la rastra en la casa les permite a las mujeres trabajar y no tener que contratar otra persona que realice esta labor con lo que apoyan la economía familiar. Fotografía: G. Villalobos.

Ellas son conscientes de que el oro no se aprovecha al 100 % y que en las lamas quedan residuos de mercurio y también de oro, pero que tendrían que tener una fábrica para que lo procesen y obtener mayores ganancias.

⁷ Al tipo de cambio actual, el gramo de oro se paga entre 22,83 a 23,58 dólares.

Cuando tienen una organización familiar pueden sacar los gastos y obtener un beneficio para todos. Ellas logran un beneficio individual que sin trabajar nunca hubieran tenido, si no se hubieran dedicado a este oficio.

Las mujeres en la actualidad aún están vinculadas con la minería por medio de las rastras, por el trabajo de sus compañeros e hijos o por la actividad personal. La minería la han combinado con otro tipo de actividades, como la venta de comidas y de frutas, o la elaboración y venta de salveques mineros y bolsitos para las baterías.

La diversificación de la actividad laboral ha estado mediada por el momento del ciclo de vida, embarazos, niños y niñas pequeños y su escolarización, ser jefa de hogar, por hacerse de una pareja o conseguir empleo en empresas, entre otros.

Entre las ventajas señaladas del trabajo en minería es que se trabaja bajo la presión personal de la búsqueda del oro, pero no con jefaturas que determinen horarios o metas por alcanzar. Se tiene trabajo propio, son sus propias jefas, se trabaja según el tiempo, organización y resistencia de cada minera.

Además se accede al mismo con un mínimo de requisitos o inversión inicial, lo que puede ser atractivo para una población que adolece de fuentes de empleo y que según las condiciones de desarrollo actual del país tiende a desmejorar. Se puede tener una experiencia básica y el resto se aprende sobre la marcha y sobre cada paleada y molida del material.

Existe la desventaja del aprovechamiento de la mina, porque al no tener maquinaria no se puede ingresar más profundo y, además, el amalgamiento con mercurio no les permite extraer el 100 % del oro obtenido en el proceso, de hecho, tendrían más aprovechamiento utilizando cianuro en máquinas especiales, de las cuales se adolece.

Entre las principales limitaciones del negocio, además de la falta de maquinaria especializada, citan el acceso al crédito bancario por lo inestable de su ingreso, y si requieren de créditos, deben recurrir a mineros que están un poco más establecidos, pero con un pago de intereses que puede fluctuar.

Abangares antes y ahora

Para las mujeres entrevistadas la minería es una actividad con la cual crecieron y con la cual morirán. Sus descendencias viven y vivirán de su extracción hasta que no encuentren una forma alternativa de ganarse la vida y llevar dinero y alimento a sus mesas.

Al hacer una retrospectiva de cuando se iniciaron en la minería a lo que es ahora, ellas mencionan que las cosas han cambiado para mejorar. Antes, ellas o sus parejas laboraron para otras personas y ahora son sus propias jefas, trabajan en una actividad propia y establecen sus horarios, se organizan para cumplir con las obligaciones domésticas y para el trabajo, ya sea en las rastras, minas o cargando baterías.

Anteriormente las mujeres trabajaban en las lamas y el cayuco principalmente, ahora lo hacen en las rastras, por lo que algunas de ellas, como Atenea, piensan que se ha hecho una especialización de labores por género, “la rastra es trabajo de mujeres”.

Otro aspecto que señalan es el uso de mejor tecnología. No es que se compre en el país o se importe lo último para la minería artesanal, sino que la necesidad de facilitar procesos les ha favorecido la inventiva. Las rastras y sus mecanismos de activación son resultado de esa necesidad de agilizar la extracción del oro y no usar el cayuco, así como la creación de retortas para reutilizar la mayor cantidad de mercurio, entre otros de índole casero.

Asimismo, ven con satisfacción a su alrededor y miran sus hogares, sus casas construidas a partir del “oro”, las calles asfaltadas o lastreadas y en mejores condiciones para llegar a las minas, acceso a los servicios públicos, avances en tecnología como Internet, facilidades que sus hijos e hijas aprovechan cada vez más y que se deben al progreso de Abangares en los últimos años.

No solo aspectos positivos han traído los años al cantón. La drogadicción, la falta de fuentes de empleo y de centros de enseñanza para continuar estudios técnicos o universitarios,

la pobreza, la delincuencia y la inseguridad son otras problemáticas que las mujeres señalan en el Abangares de hoy, y de las cuales sienten pesar.

Mujeres, cada vez menos numerosas en el coligallerismo

Cada vez son menos las mujeres que se dedican a este oficio, la peligrosidad hace que no se aventuren a ingresar a las minas. De las mujeres entrevistadas solo Artemisa sigue excavando túneles, y lo hace por el mismo motivo que hace veinte años tuvo para iniciarse: llevar alimento a su descendencia.

Las mujeres que actualmente se relacionan con el oficio lo hacen en las rastras o picando piedra, es decir, en alguna de las partes del proceso. Son escasas aquellas que se trasladan a los túneles todos los días y realizan ahí sus jornadas de forma permanente. Sin embargo, aquellas que se involucran no pierden la esperanza de conseguir una buena veta y encontrarse con una bonanza que les ayude a mejorar su calidad de vida y de quienes les rodean.

Las familias hacen esfuerzos para que sus hijas estudien y así obtengan mejores ingresos y no expongan su vida en el oficio, siendo esta otra razón que se suma a la disminución de mujeres coligalleras.

Si bien el coligalleo como actividad permanece en algunos procesos de la misma forma como se hacía hace cien años, ha habido cambios importantes en la minería desde cuando ellas vivieron en la mina a la actualidad, especialmente marcados por la elaboración de las rastras y el traslado del proceso de molienda y amalgamación a las casas. Además, entre otros cambios fue el cierre definitivo de las compañías. Al parecer la última compañía que estuvo en Abangares trabajaba además de la contratación, comprando el material a mineros independientes. Al declararse en quiebra en 1999, dejó sin trabajo a los 250 empleados de entonces y entre ellos los mineros artesanales, los cuales tenían cinco dependientes en promedio; la compañía partió debiendo salarios y prestaciones (Solano, 2006). Estas situaciones se tradujeron en el reforzamiento del coligalleo.

Algunas de las entrevistadas consideran que las minas están en declive por la pérdida de la calidad del material, se van a “agotar”, lo que repercutirá directamente en todo el pueblo de Las Juntas y en Abangares, al depender los comercios, transportes y demás de la minería (fig. 13).



Figura 13. Coligallera y su hija participando en la investigación. Fotografía: G. Villalobos.

Ellas defienden la actividad minera artesanal desde muchos puntos de vista, especialmente por la falta de trabajo remunerado y por las características propias de las personas que han laborado en minería, la falta de preparación académica o la tradición cultural. Lo defienden a pesar del riesgo y del agotamiento de la mina.

Dependiendo de la identificación que tengan como coligalleras, así también recomiendan el trabajo en la mina, como lo menciona Atenea: “Yo voy a trabajar en esto de aquí hasta que me muera. A veces me dicen qué va hacer cuando le agarren los dolores de piernas y pies, yo les digo igual sigo pa'lante”.

Ellas saben que ya casi no hay mujeres que estén trabajando en la extracción de material y que su trabajo principalmente se ubica en las rastras, lo que Atenea aduce porque “no quieren ensuciarse, porque es muy pesado”. Sin embargo, ninguna recomendó que otras mujeres se iniciaran en la minería por ser un trabajo duro y arriesgado, incluso para los hombres. Hebe, por ejemplo, aunque les enseñó minería a sus hijas, insiste en que estudien y que no se casen con coligalleros. Artemisa, aunque actualmente ha iniciado un túnel con su hermana, no recomienda a nadie la mina para trabajar, un poco por el riesgo físico y sobre todo por el conocimiento y conciencia que ella tiene sobre la contaminación ambiental; sin embargo, reconoce que hay una necesidad económica que motiva al trabajo en minería.

La situación de salud de las mujeres coligalleras

Hablar de salud de las mujeres que trabajan en minería lleva directamente a pensar en las secuelas del uso del mercurio y cianuro, al estar expuestas a estos sin el uso de equipo adecuado para su manipulación.

Se tienen estimaciones que indican que es en la minería artesanal donde se da la mayor fuente de liberación intencional de mercurio del mundo (tomando como base que existen entre 10 y 15 millones de mineros y de estos, 4,5 son mujeres), ya que es utilizado para la amalgamación de las finas partículas de oro que se extraen de las piedras (Aguilar, 2011).

Al estar las personas expuestas a este metal noble se produce la inhalación del vapor, se absorbe directamente a través de la piel, se deposita en los hogares, en los lugares donde se preparan alimentos, en el suelo, en los acuíferos y masas de aguas locales.

Entre los efectos que el mercurio tiene en las personas, se pueden citar los daños al sistema nervioso, a las funciones del cerebro, al ADN y cromosomas, reacciones alérgicas, irritación de la piel, cansancio, dolor de cabeza, efectos en la reproducción, daño de espermatozoides, defectos de nacimiento, abortos, entre otros. Se cita que el daño en el cerebro puede causar la degradación de la habilidad para aprender, cambios en la personalidad, temblores, cambios en la visión, sordera, incoordinación de músculos y pérdida de la memoria, así como daños en los cromosomas que conllevan a procrear hijos e hijas con Síndrome de Down (Lenntech, 2011).

Estas problemáticas son negadas por las mujeres. “Ellos dicen que el mercurio es veneno, pero no es veneno, no es así, no es malo. A mi marido le han hecho varios exámenes de sangre y no le ha salido nada, hay unos que sí, son los que se queman y se les van los vapores, pero ahora tienen otros procesos y es seguro” (Ariadna). Esto a pesar de que son ellas las que trabajan en las rastras y por ende están expuestas al mercurio de manera directa, pero al no ver efectos en sus cuerpos o en el de sus familiares se cree que no es nocivo.

Por lo tanto, al no percibirse en el organismo enfermedades o daños aparentes la negación se acrecienta, aparte de que la necesidad por el trabajo, por traer alimento a la mesa, hace que los dolores surjan por periodos de tiempo.

Esta situación es casi una constante entre las mujeres entrevistadas. Atenea padece de tensión, de los músculos, de dolor de cuello y de hombros: “Seguro es por preocupación..., me duele los días que no rastreo, pero después llego a la rastra, me pongo a palear y se me quita todo”.

Autores como Carmen (2005); Tellerías y París (2008); Torres (2011); Aguilar, Vargas y Maldonado (2012), manifiestan que la exposición al mercurio podría estar vinculada con la capa-

cidad de aprender o compromiso cognitivo; sin embargo, a pesar de que algunos de sus hijos e hijas han tenido dificultades para estudiar y han abandonado los estudios, no lo relacionan con este hecho, sino con el factor de estimulación social y el poco apoyo que les pudieran brindar por su propio analfabetismo.

Otras enfermedades a las que están expuestas las coligalleras se encuentra en el interior de los túneles, la llamada *muerte invisible*, que consiste en los gases emanados desde la tierra, cuyos síntomas se dan a través de náuseas, mareos y paros cardiacos. A esto se le suma la silicosis, que es una enfermedad pulmonar causada por sobreexposición a la sílice cristalina respirable, que puede causar la muerte o invalidez física ya que al aspirarse las partículas de sílice cristalina se da la formación de tejidos de cicatrización en los pulmones, lo que disminuye la capacidad de los pulmones de extraer oxígeno del aire. Los síntomas pueden presentarse 15 o 20 años después y devenir en otro tipo de problemas pulmonares, como la tuberculosis (NIOSH, 2004: 6 y 11).

Estos gases han sido sentidos por las coligalleras cuando han trabajado en los túneles, lo mismo que la falta de oxígeno y de alguna manera las hacen reflexionar sobre las condiciones en la que se trabaja, el polvo de la tierra y de las piedras y el de las explosiones de dinamita, lo que les contribuye a ser candidatas a padecer esta enfermedad, siendo más arriesgado cuanto más tiempo se dedique a este oficio.

Las condiciones de salud de las mujeres producto de la minería se ven disminuidas precisamente porque ellas no se han dedicado a esta ocupación dentro de los túneles por largo tiempo, ya que cuando iban a las minas su trabajo principalmente era con las lamas y más recientemente en las rastras, con lo que el organismo no se deteriora de la misma manera al minimizarse la exposición al polvo sílice, pero se acrecienta el peligro del mercurio.

El acceso a los servicios médicos que presta la Caja Costarricense del Seguro Social lo han obtenido porque lo pagan de manera voluntaria o porque han sido beneficiados con Seguro por el Estado. Consideran que consultan solo cuando se encuentran verdaderamente enfermas, pero por lo general gozan de buena salud, sus cotizaciones son por acceder al servicio de consulta externa o a emergencias cuando les ocurra algún percance, no para el Régimen de Invalidez, Vejez y Muerte. “Nunca nos pensionaremos, se ha pagado seguro por cuarenta años, pero es la forma de vivir... pagamos seguro familiar pero eso no es para pensionarnos” (Atenea).

En referencia a los accidentes, estos no escapan a la vida de ninguna de las mineras, sufriendolos en sus cuerpos al ser víctimas o por la preocupación que les provoca cuando son sus familiares o amistades quienes los padecen. “Una vez tuve un accidente, estábamos quebrando piedra y se reventó la polea al quebrador y me dio por la cara. Me rompió por dentro, pero no pasó más” (Afrodita). Minimizan en sí mismas lo sucedido y le dan mayor valía al accidente de otras personas.

Están expuestas a que sucedan accidentes en cualquier momento; un hermano de Atenea está en silla de ruedas por un aterro, una piedra le cayó encima y le afectó la columna, y uno de los hijos de Hera casi se muere, lo sacaron inconsciente de un túnel, ella cita: “Cuando hay aterros, los sacan los bomberos, la Cruz Roja, pero sobre todo entre ellos mismos, los bomberos no se meten porque les da miedo..., se avisan a todos coligalleros y son ellos los que los sacan”.

La persona coligallera se inmiscuye en su trabajo de tal manera que no se percata de situaciones que les afectan, como indica Afrodita, “las manchas blancas que tengo en las piernas fue de piedras que le pegaban a uno, pero uno ni se daba cuenta... uno terminaba jorobado, de cuatro patas, que no aguantaba la columna, qué tristeza, seguro de eso yo ahora padezco mucho de las piernas, seguro de lo mismo, del agua, con la menstruación o no, jugársela, con alguno que tuviera un medio servicio (servicio sanitario), todo antihigiénico”.

El trabajar es lo más importante, porque saben que otras personas dependen de ellas, llegando incluso a lamentar el tiempo que se alejan de las minas. Esto lo reafirma Afrodita al decir que “una vez me dio una gran fiebre, me broté toda, seguí bajo la lluvia hasta las seis, tenía que seguir porque yo no tenía a nadie que me ayudara con los hijos ni me diera nada”.

Las enfermedades están presentes y no se dimensionan las consecuencias en sus vidas. “Yo estuve enferma de un chistatón que me agarró que hasta orinaba sangre, tuve que bajar al médico y me dieron medicinas, me tuve que quedar un tiempo abajo. De tanta mojarón, de tanto maltrato del trabajo de la mina me tuvieron que operar y quitar la matriz, se me hizo un tumor, tenía 25 años, tenía demasiado sangrado cuando me venía la menstruación” (Hera).

La minería no se detiene en las coligalleras, deben realmente de estar enfermas para no ir a cumplir con sus trabajos, estando inclusive embarazadas. Padecen angustias, como Ariadna: “Me fui en una chimenea..., tenía como tres meses de embarazo, yo estaba asustada de que se me viniera, era el primer embarazo”. Pero se tranquilizan y regresan a las labores.

Como se evidencia, la gestación no las detiene: “Cuando estaba embarazada de los otros dos estaba en la mina, una vez jalando un balde se me rompió la fuente y entonces me dijeron los viejos, vamos rápido porque el agua que salió era como verde y entonces dijeron que el chiquito se podría morir”. A los pocos días que Atenea tuvo a su hijo regresó a la mina con el mismo ímpetu que antes, a laborar de igual manera que lo hacía semanas atrás.

Las condiciones de trabajo en las minas para estas mujeres eran, y siguen siendo, insalubres. No se cuenta con servicios de agua potable y el preciado líquido debe ser transportado por ellas hasta los lugares de trabajo. “No había agua, solo un barrial donde pasaba el ganado que se le hacía una lanita, entonces yo recogí el agua, le quité la lanita, esperé a que se asentara y así nos la tomamos” (Afrodita).

No siempre se tiene un río cerca y cuando es así, el agua se toma de ríos a los cuales van a depositarse los sedimentos y materiales que los contaminan, impidiendo su potabilidad para el consumo humano.

Asimismo, el estar días y horas en las minas no crea distinciones entre las necesidades propias del género, ya que “todos los días se debe comer”, por lo que deben lidiar con la evacuación de necesidades fisiológicas, el periodo menstrual y de lactancia, así como las molestias propias del periodo de embarazo y de postparto.

La expectativa como investigadoras estuvo centrada en los efectos del mercurio; sin embargo, al introducirnos en la realidad coligallera fueron evidenciadas problemáticas asociadas al riesgo de la actividad, del terreno y las condiciones a veces insalubres en que laboraron estas mujeres.

Para la Comisión de análisis sobre los riesgos del mercurio los riesgos del uso de este metal noble son elevados, según refieren cuando se practica la amalgamación completa del mineral durante la trituración, molienda y lavado, por lo general solo el 10 % del mercurio agregado se combina con el oro para producir la amalgama. El resto es sobrante y debe retirarse y reciclarse, o se libera en el ambiente en el agua que va directamente a los ríos.

Agregan que se detecta una situación de exposición y riesgo, ya que en la minería las personas no emplean ningún equipo de protección (guantes, mascarilla) y generalmente regresan a sus casas del trabajo en las minas con la misma ropa con la que estuvieron expuestos al mercurio o peor aún, tienen las rastras en la parte trasera de sus hogares, con lo que los gases que se liberan se esparcen directamente en el interior de las casas.

El líquido con trazas de mercurio que sale de este equipo es transportado mediante tuberías a las llamadas pilas de lamas. Estas pilas no cuentan con ningún material aislante del suelo, lo que representa un riesgo ya que el mercurio podría llegar a alcanzar aguas subterráneas por infiltración en las capas de suelo del líquido.

Por ende, los daños en el ambiente se pueden dar en el llamado transporte acuático: la desintegración de los diques de relave ubicados en cursos de agua o cerca de estos causada por inundaciones o fenómenos meteorológicos extremos, puede arrastrar gran cantidad de sedimentos cargados de mercurio aguas abajo. Las bacterias presentes en el agua transforman al mercurio en metilmercurio, el cual es bioacumulable y causa problemas neurológicos.

6. Conclusiones

Quienes han escrito acerca de la historia de la minería en Abangares han invisibilizado la presencia y contribución de las mujeres en la misma, siendo estas partícipes importantes en la construcción de todo un cantón, por lo que la realización de este estudio permitió un acercamiento para la reivindicación de la mujer coligallera abangareña.

Se considera que hay desconocimiento acerca de la historia de la minería entre las mujeres entrevistadas, a pesar de que se dedican a la actividad que por más de cien años ha convertido a Abangares en lo que es hoy.

El realizar la investigación por medio de la metodología cualitativa y desde el abordaje fenomenológico, permitió obtener la interpretación de las vidas de las mujeres coligalleras a partir de la expresión de sí mismas, reconstruyéndose el proceso sociohistórico de manera conjunta.

Es importante hacer notar que estas historias pertenecen a mujeres contemporáneas, no a aquellas que poblaron el Abangares hace cien años. Son mujeres actuales, que nos permiten evidenciar las desigualdades existentes en la Costa Rica globalizada y moderna del siglo XXI. Estas mujeres provienen de hogares empobrecidos, familias numerosas, disfuncionales, donde se evidenciaron situaciones de violencia intrafamiliar, alcoholismo y trabajo infantil, negándoseles el derecho a la educación y a la recreación. Como adultas conformaron familias en edades tempranas, no tan numerosas pero reproduciendo algunas de las situaciones de violencia patriarcal señaladas y criando a los niños en las minas, a pesar de los peligros y vicisitudes de estas.

Las mujeres entrevistadas se visualizaron esforzadas, trabajadoras, que aún luchan día con día en las piedras, en busca de las vetas que les den la tan ansiada bonanza que les favorezca mejorar la calidad de vida. No buscan curas milagrosas, remedios inmediatos o ganar la lotería, ansían la lama gelatinosa perfecta que forme “un gran huevo de oro”.

El tipo de condiciones que desarrollaron las mujeres para el proceso productivo del oro se dieron de dos maneras, se establecían en la mina con sus familias en campamentos improvisados y en malas condiciones, o se trasladaban diariamente desde sus hogares para ejercer sus labores y regresar a la casa para ser vigilantes de sus hijos e hijas.

El dedicarse a la minería fue una decisión basada en la necesidad económica, para poder satisfacer las carencias de sus hijos e hijas, edificar sus casas, proveer del estudio a su descendencia y tener una vejez tranquila. Sus inicios se remontan a herencias al ser la mayoría hijas de mineros, por lo que crecieron entre las minas, las vetas, las lamas y el cayuco.

Las mujeres han tenido que desarrollar formas funcionales de organización, las cuales van desde el cuidado de los hijos e hijas, adquisición de alimentos fiados, formas de comunicarse en las emergencias ocurridas en las minas, hasta el manejo de las dobles y triples jornadas laborales. Son madres, esposas, hijas, coligalleras, amas de casa y vendedoras ocasionales de productos diversos con los cuales incrementan el ingreso familiar.

No desean que sus hijos e hijas sigan sus pasos, esto a pesar del orgullo que les genera saberse coligalleras, ya que el oficio es desgastante y pesado. Prefieren que estos estudien y sean personas que trabajen en oficinas, sean asalariados y no se expongan a peligros innecesariamente. Sin embargo, la mayoría de los hijos varones se dedican o se han dedicado al oficio.

El uso en minería del mercurio y el cianuro por parte de las mujeres coligalleras no ha sido percibido por ellas como una amenaza real; al no evidenciarse problemas en su salud, la negación se hace presente. Las enfermedades y problemáticas asociadas a la minería están relacionadas con consecuencias de accidentes ocurridos en las minas cuando trabajaban en ellas: dolores musculares y en articulaciones, estrés por no alcanzar el sustento diario.

El trabajo es más importante que la salud, por ello asumen riesgos y peligros y se exponen a los mismos a pesar de los diferentes estados en que las mujeres se puedan encontrar: enfermedad, gravidez, postparto, entre otros.

Las condiciones insalubres de trabajo incrementan los riesgos del coligallerismo. Se encuentra ausencia total de equipo de salud ocupacional, condiciones mínimas de higiene, falta

de agua potable, lugares inseguros para residir cercanos a las minas, entre otros que se pueden mencionar.

Con la forma actual de extracción de oro, el 90 % del mercurio no recibe el tratamiento adecuado, se retira o se recicla, o lamentablemente se deposita en el ambiente. Los daños al ambiente no se visualizan a primera vista, ya que el verdor de las montañas encubre lo que en sus entrañas ocurre.

El Gobierno de la República lastimosamente no ha realizado mayores inversiones en el Cantón de Abangares, dejando a las mujeres coligalleras sin apoyo estatal para las labores de minería artesanal o para emprender otros proyectos productivos que les permitan dar soporte económico a sus familias, y esto a pesar del Decreto de 2012 “Reglamento de la Actividad Minera Artesanal y en pequeña escala para subsistencia familiar por Cooperativas Mineras”, ya que los resultados del mismo aún no se perciben entre la población dedicada a esta labor.

Las mujeres coligalleras se están extinguiendo, cada vez son menos las que desempeñan este oficio y lo siguen haciendo con las mismas escasas herramientas, exponiéndose a los mismos peligros y por las mismas razones económicas, pero también con la misma alegría y amor como lo hacían años atrás.

Sin embargo, las difíciles condiciones económicas que experimenta la provincia de Guanacaste y el Cantón de Abangares, con pocas oportunidades laborales y escasa preparación académica, seguirá motivando a jóvenes a incorporarse en la minería artesanal, indistintamente sean hombres o mujeres.

Al concluir esta investigación reflexionamos sobre las difíciles labores que llevan a cabo cada una de las mujeres que se han dedicado al coligallerismo como forma de vida, y, a la vez, nos deja el buen sabor de boca de reivindicarlas, de que no pasen al olvido ellas como mujeres, ellas como madres, ellas como trabajadoras en un oficio desgastante e inmisericorde, y ellas como partícipes directas de la conformación de la historia de un cantón.

Bibliografía

- AGUILAR, K. (2011): “Taller sobre Minería Artesanal de Oro con Mercurio de Pequeña Escala y la Reforma al Código de Minería. Subcomisión para la gestión del mercurio”. Conferencia. Secretaría Técnica de Coordinación para la Gestión de Sustancias Químicas, MINAET, Costa Rica.
- AGUILAR, J.; VARGAS, J., y MALDONADO, M. (2012): *Problemas de Aprendizaje*. México: Asociación oaxaqueña de Psicología A.C.
- CALVO, O., y CHÁVES, R. (1992): *Minería artesanal de oro según la teoría general de sistemas*. San José: UCR, Facultad de Ingeniería, Escuela de Ingeniería Eléctrica.
- CARMEN, A. (2005). *Mercurio: El legado tóxico de la fiebre del oro en California*. Instituto Científico de Culturas Indígenas. *Boletín ICCI-ARY Rimay*, año 7, n.º 76, julio de 2005. Disponible en: <<http://icci.nativeweb.org/boletin/76/carmen.html>>. [Fecha de consulta: 3 de septiembre de 2014].
- CASTILLO, A. (2006): “Industria minera y coligallerismo en Abangares: un análisis desde la perspectiva histórica”. *Revista Herencia*, vol. 19 (1), pp. 33-58.
— (2009): *La Guerra del oro. Tierra y minería en Abangares. 1890-1930*. San José: Editorial UCR.
- CORRALES, M. Entrevista personal. La Sierra, Abangares, 30 de marzo de 2011.
- Código de Minería* (1982): Disponible en: <<http://www.gaceta.go.cr/pub/2011/02/10/alca11.pdf>>. [Fecha de consulta: 6 de febrero de 2014].

- Decreto n.º 37225/MINAET. Reglamento de la Actividad Minera Artesanal y en pequeña escala para subsistencia familiar por Cooperativas Mineras.* Disponible en: <<http://www.mesolex.org/biblioteca/lex-faoc116551>>. [Fecha de consulta: 3 de septiembre de 2014].
- GAMBOA, O. (1990): *Oro y Sol*. San José: Centro Nacional para el Desarrollo de la mujer y la familia, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- GARCÍA, G. (1984): *Las minas de Abangares: historia de una doble explotación*. San José: Editorial UCR.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS INEC (2010): *Población y Demografía*. Disponible en: <www.inec.go.cr>. [Fecha de consulta: 12 de mayo de 2014].
- INSTITUTO NACIONAL PARA LA SEGURIDAD Y SALUD OCUPACIONAL NIOSH (2004). *Silicosis, ¡Conozca los Datos!* Disponible en: <http://www.cdc.gov/spanish/niosh/docs/2004-108_sp/pdfs/2004-108sp.pdf>. [Fecha de consulta: 3 de septiembre de 2014].
- LENNTech. Water Treatment Solutions (2011): *Mercurio (Hg) propiedades químicas y efectos sobre la salud y el medio ambiente*. Disponible en: <<http://www.lenntech.es/periodica/elementos/hg.htm>>. [Fecha de consulta: 25 de agosto de 2014].
- Ley para Declarar a Costa Rica país libre de minería metálica a cielo abierto* (2011). Disponible en: <http://www.geologia.go.cr/quienes_somo/leyes/Ley%208904.pdf>. [Fecha de consulta: 25 de agosto de 2014]
- SOLANO, G. (2004): *La minería de oro en Abangares: un estudio psicosocial del impacto del desempleo en la Mina "El Valiente Ascari"*. Tesis inédita de Licenciatura en Psicología. Universidad de Costa Rica, Liberia, Guanacaste.
- TELLERÍAS, L., y PARÍS, E. (2008): "Impacto de los tóxicos en el neurodesarrollo", *Revista Chilena de Pediatría* [en línea], vol. 79, supl. (1), pp. 55-63. Disponible en: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0370-41062008000700010>. ISSN 0370-4106. [Fecha de consulta: 3 de septiembre de 2014].
- TORRES, S. (2011): "La experiencia minera en Costa Rica existe y ha sido nefasta". Disponible en: <<http://costaricacontaminada.blogspot.com/2011/01/la-experiencia-minera-en-costa-rica.html>>. [Fecha de consulta: 3 de septiembre de 2014].
- ZÚÑIGA, A. (2010): *Más Abajo del Aire. Las minas de oro en Costa Rica y la vida cotidiana de los mineros de Abangares (1890-1920)*. Heredia: EUNA.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE